ASAKO YUZUKI

COLGADA

Traducción del japonés de Sílvia Saorín

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

1

Quiero nadar. Quitarme la camisa, la falda y dejar caer la ropa interior a mis pies. Quiero avanzar sin rumbo fijo por un espacio silencioso, sentir en la piel desnuda la suavidad del agua y la refracción de la luz. A medida que agua y piel llegasen a la misma temperatura, la frontera entre mi cuerpo y el mundo se haría cada vez más fina y mi peso, edad y género perderían todo significado. Si intentase hablar, mis palabras se convertirían en burbujas que subirían alto, muy alto, hasta desvanecerse borrosas en la blanca distancia.

Ya casi ha acabado la estación cálida, ¿por qué me siento así?

Ah, claro. La oficina que tengo delante a primera hora de la mañana se parece mucho a una piscina cubierta desierta. Los escritorios están ordenados con pulcritud, como si fueran las calles de una piscina; el espacio vacío entre medias, tenuemente azulado, me recuerda a la superficie del agua. Incluso el olor a cloro y el del tóner de impresora se parecen: un tufo acre que me recuerda a algo.

Buscando un lugar y un momento para poder estar sola, libre de interrupciones, terminé aquí, en esta oficina donde paso la mayor parte del día. Es un espacio en el que se espera que muestre mi faceta más competente, pero en este instante podría gritar tonterías a pleno pulmón o bailar como una loca y no pasaría nada.

Por supuesto, no hago nada de eso. Soy el tipo de persona que no baila ni grita nunca, sin importar cuál sea la situación.

El departamento de ventas de la división de alimentación, que ocupa la mitad del piso 19 del edificio principal de la sede de Ōtemachi de Nakamura Shōji, la mayor empresa comercial de Japón, está completamente vacío entre las seis y las siete de la mañana. Es una sección que se encarga de las típicas tareas de una compañía comercial: importar alimentos del extranjero y venderlos a empresas nacionales.

El aire fresco que se respira, impoluto, calma la mente y el cuerpo de Eriko Shimura, que siempre está buscando algo que solucionar. Al ser la primera en llegar, tiene la obligación de encender las fotocopiadoras. Desde pequeña le ha gustado adelantarse a todo. Su padre, que había trabajado en la misma empresa, le enseñó que tomar la iniciativa es una de las cualidades esenciales de un trabajador.

Al principio, sus padres, con quienes vive en un piso en Setagaya, parecían molestos porque su única hija nunca desayunaba con ellos, pero ahora que ya lleva ocho años en la empresa no dicen nada. Eriko sigue sin tener la intención de abandonar la casa de sus padres, aunque ya tiene treinta años. Sin el apoyo de su madre, le sería imposible mantenerse tan impecable y en forma como lo hace y encima trabajar. Además, si se marchara, su madre se asfixiaría al quedarse sola en casa con su padre, tan propenso a los silencios.

Por muy temprano que llegue, no suele poder disfrutar de más de cuarenta minutos de soledad. La mayoría de sus compañeros llegan al menos una hora antes del inicio de la jornada, a las ocho y media, y no es raro que revisen el correo mientras comen algo que han comprado en un supermercado cercano.

Mientras se abre paso entre más de cincuenta escritorios hacia su puesto de trabajo, hunde en la alfombra los zapatos marca Tod's que antes eran de su madre, tan pulidos que reflejan con claridad las luces fluorescentes del techo. La mitad del personal del departamento de ventas de la división de alimentación son empleados fijos, pero entre ellos solo hay dos mujeres: Eriko y una de las jefas, Sayako Yotsuba, que lleva diez años más que ella en la empresa. Por el contrario, todas las empleadas temporales y sin contratos fijos son mujeres. Y todas llegan a la hora exacta en que empieza la jornada.

La bolsa en la que lleva el desayuno que ha comprado en el supermercado y el periódico *Nikkei* le roza contra la falda plisada color beis con un suave crujido. Se sienta en su mesa y enciende el ordenador. El sonido al arrancar retumba bajo sus pies con una vibración grave y se extiende lentamente como un arco invisible a su alrededor.

Es el único momento en el que Eriko se permite no hacer nada, no pensar en nada. Quizá sea el instante más relajante del día. Disfruta de esos segundos de libertad mientras espera a que se encienda la pantalla y aparezcan las ordenadas carpetas de su escritorio. Ahora que sus ingresos anuales han superado con holgura los diez millones de yenes, Eriko puede afirmar con seguridad que lo más valioso en este mundo es el tiempo. Con tiempo, se pueden resolver la mayoría de las cosas.

En una época en la que todo el mundo vive con prisa, cualquier proyecto, producto u obra que requiera una gran cantidad de tiempo tiene valor por sí mismo. Es agradable ver cómo alguien se toma el rato de escribir un saludo apropiado en una carta de tres páginas o de maquillarse tan sutilmente que parezca su piel natural, o se molesta en cuidar de la manera adecuada un artículo de cuero.

Antes de hacer sitio para colocar el desayuno, saca unas toallitas desinfectantes y limpia el escritorio con un sonido seco y decidido. Hace lo mismo con el teclado del ordenador y el auricular del teléfono. Puede parecer un comportamiento obsesivo, incluso ridículo, pero, si no lo hace, no siente que esta pequeña porción de este espacio tan vasto sea suya.

Empieza con la montaña de documentos acumulados, y los revisa uno por uno con rapidez. Trabaja a mejor ritmo que durante el horario laboral, cuando las idas y venidas de personas y el constante sonido del teléfono lo ralentizan todo. Una puede sacar tiempo para lo que sea si es lo bastante ingeniosa. Eso fue lo primero que aprendió de su supervisor cuando empezó a trabajar en la empresa.

Unos minutos después, al terminar por fin con la montaña de papeles, Eriko, con una ligera sensación de satisfacción, acerca por fin la bolsa del supermercado al centro del escritorio.

Saca un café con leche y un nuevo producto que acaba de salir: pan de melón con *karintō*. Esa mañana ha pasado por dos supermercados del barrio, pero en ambos estaba agotado; al final lo ha encontrado en una tienda dentro de la estación del metro. Aunque sabe muy bien que no contiene nada especialmente saludable, no puede evitar, quizá por deformación profesional, darle la vuelta al envoltorio y revisar la lista de ingredientes.

Mitsuzaki, la gran empresa panificadora, es un cliente importante del departamento de cereales. Edulcorantes artificiales, conservantes, colorantes. Incluso a su edad siente una especie de placer culpable al comer a escondidas cosas que su madre, con su inclinación por los alimentos naturales, seguramente desaprobaría.

Y pensar que solo cuesta noventa y ocho yenes. Recuerda que, cuando estaba en el instituto, algunos de sus compañe-

ros compraban en la cafetería este tipo de pan dulce para saciar el hambre. Aunque agradecía los desayunos caseros que le preparaba su madre, sentía una envidia inexplicable por esos grandes panes de colores chillones. Le parecía que esos cuerpos, que se llenaban tan fácilmente con dulces ligeros, tenían que llevar también una vida ligera y despreocupada.

Despliega la larga pestaña de marcadores, coloca el cursor sobre la URL de su blog favorito y, con un clic, se sumerge en un momento que les pertenece solo a ella y a la autora. Mientras lee el texto, mordisquea el pan de melón, que es casi tan grande como su cara. Con un crujido, la capa de galleta que lo recubre se rompe y el sabor a mantequilla, azúcar moreno y esencia de melón la desborda.

Efectivamente, tenía razón. El equilibrio entre lo salado y lo dulce no está mal, pero sabe a comida barata. Aun así, al degustarlo junto a las palabras en el monitor, el pan de melón le resulta extrañamente delicioso, como si el sabor se le impregnara en todo su ser.

> ¿No os parece que la idea de juntar un dulce frito como el *karintō* con el pan de melón es una tontería? Cuando lo vi en el supermercado, no pude evitar reírme. Pero al morder esa masa aceitosa y crujiente, con un leve sabor a salsa de soja tipo *mitarashi*, de repente te golpea un aroma refrescante a melón, como la luz en los ojos al salir de un túnel. Ahora me he vuelto adicta a este pan. Tiene un sabor ridículo. Y un precio todavía más ridículo. Todo es más fácil si consigues quitarte de en medio el desayuno con una marranada como esta. No sé. Es como si le estuvieras sacando la lengua a la vida. Ah, pero no se lo recomiendo a nadie.

«Sacarle la lengua a la vida». Eriko piensa que es una buena expresión. Para ella, la vida siempre ha sido algo con lo que se debe lidiar en serio, enfrentarse de cara.

Mientras se recuesta en la silla con una leve sensación de victoria y el peso del aceite grasiento extendiéndose por su pecho, le llega una voz por encima de su escritorio:

–Comes como una adolescente, Eriko. Vas a engordar.

Sea cual sea la situación, Yasuyuki Sugishita, su compañero del equipo de productos del mar, tiene la costumbre de hablar de tal modo que hace que uno se pregunte si no ha cometido algún error. Mientras su interlocutor piensa en si ha hecho algo mal, él impone su ritmo sin problemas. Ese tipo de actitud parece hacerlo inmune incluso a las críticas: no es que sea particularmente perfeccionista, pero Eriko nunca ha visto que un superior lo reprendiese o corrigiese.

En el departamento de ventas, dominado por tipos atléticos, Yasuyuki destaca por su cuerpo delgado y huesudo y su rostro alargado, aunque proporcionado, la mandíbula fina y los labios pálidos y poco atractivos. Estudió Arquitectura, una formación académica poco común, y aunque habían entrado al mismo tiempo, él era dos años mayor que ella.

–Buenos días. Ah, este pan –responde Eriko, decepcionada de que su momento de soledad haya terminado antes de lo esperado–. Lo he visto en un blog y por fin lo he encontrado –dice señalando rápidamente la pantalla del ordenador.

Yasuyuki se inclina sobre el escritorio. Eriko piensa que está demasiado cerca, pero él no hace ademán de apartarse. El fuerte olor del producto favorito de peluquería de su compañero le sube por la nariz.

–¿Eh? ¿Un blog de amas de casa? ¿Y qué encuentra de interesante en él una mujer soltera como tú, Eriko?

Diario de Ohyō, un ama de casa inútil es el nombre del blog

que Eriko lee casi todos los días desde hace dos años. Una página principal de diseño austero y textos largos con pocos saltos de línea. Las fotos que a veces acompañan a las entradas están sacadas con el móvil, y la verdad es que son de calidad pésima. Aun así, siempre aparece en el top treinta de blogs más populares de amas de casa. Quizá lo más llamativo es que no tiene *haters*, los detractores habituales de este tipo de páginas.

–Bueno, es que no es el típico blog de ama de casa. No se nota forzado, tiene un aire relajado muy especial. Aunque lleva una vida bastante descuidada en lo que respecta a la alimentación y las tareas del hogar, de alguna manera transmite sensación de limpieza, de mesura. Además, como tenemos la misma edad, me identifico con ella.

Ohyō vive con su marido, que trabaja de encargado de un súper, en un apartamento en Tokio. Todo indica que de momento no piensan en tener hijos. Aunque no parece que vivan con grandes lujos, ella no trabaja a tiempo parcial ni nada por el estilo. A pesar de ser ama de casa, solo cocina de vez en cuando y suele ir a cenar con su marido a cafeterías-restaurantes o a sushis de cinta giratoria.

Lo curioso es que esas cosas no molestan a su marido y parece que tienen una relación muy buena. Pero tampoco se expresa con mucho cariño o trata de alardear de su vida perfecta. A Eriko también le gusta que se refiera a su marido con el título de «Rey Demonio» en vez de alguna cursilada como «amorcito mío» o un simple «Sr. X».

> ¡Me gustaría tener hijos algún día, pero todavía no he llegado a ese punto de mi vida! Una vez que nos ponemos al lío, el sexo no está mal, pero hasta que no llego al punto es un follón. ¡Eh, Rey Demonio, ¿estás leyendo esto?!

Suelta comentarios así de atrevidos con total naturalidad.

Cuando escribió sin vergüenza alguna que no acumulaba puntos en supermercados o farmacias ni tampoco usaba cupones porque no era su estilo, a Eriko le pareció una declaración tremendamente refrescante:

> ¡Nos están robando nuestro valioso tiempo! ☹ Aunque una acumule puntos poco a poco, al final te ahorras, como muchísimo, unos quinientos yenes. Y si sumas el trabajo que implica sacar la tarjeta de puntos cada vez que vas a la caja, mejor olvidarse del tema por completo. ¡Si juntamos todos los minutos que perdemos haciendo esto a lo largo de la vida, quizá llegaríamos a las diez horas o más! En casa no es que nos sobre el dinero, así que seguramente estoy siendo tonta, pero me da igual, ¡ya estoy harta! No os imagináis lo ligera que se me quedó la cartera cuando por fin me deshice de todas las tarjetas de puntos. ¡Me sentí libre!

Hace mucho que a Eriko le molesta ver la abultada cartera de su madre, repleta de tarjetas de puntos y cupones. A pesar de que su padre fue durante muchos años presidente de una filial de Nakamaru Shōji y que llevan una vida acomodada, le duele ver a su madre plegarse con docilidad a las reglas impuestas por los comercios solo por ahorrarse cien o doscientos yenes.

A primera vista, su madre parece una mujer a la que no le importan las opiniones de los demás, pero no sabe resistirse a la presión social y flaquea en cuanto le aprietan un poco. Es el tipo de persona que lo guarda todo y no tira nada. Quizá eso último es lo que más le molesta, porque ella es igual.

Probablemente Ohyō entienda, de forma intuitiva, que el tiempo vale más que el dinero. Por eso puede vivir la vida a su manera, libre de ataduras, disfrutando plenamente de su tiempo.

–¿Qué te parece interesante? No tiene nada que ver con tu vida. Es muy de ama de casa –dice Yasuyuki sin mostrar el más mínimo interés.

Esa indiferencia, por algún motivo, hiere levemente a Eriko, quien se apresura a responder:

–Precisamente me gusta que sea tan natural. Que no parezca forzada. No sé, me resulta encantadora. También me gusta ese ritmo lento que tiene, como si el tiempo fluyera con calma y abundancia.

–No me digas que lo que te entretiene es burlarte de un ama de casa despreocupada. Qué típico de las mujeres. Os encanta encontrar a otra que está peor para sentiros mejor con vosotras mismas.

Aunque Eriko ya está acostumbrada a ese tipo de comentarios por parte de los hombres de la empresa, no puede evitar sentirse incómoda. Cuando empezó a trabajar, le resultó muy chocante lo normalizado que estaba el desprecio hacia las mujeres, pero con el tiempo se ha resignado. Lo mejor es pasar de ellos y no enzarzarse en una discusión.

No lo dicen con mala intención, es solo que tienen la sorprendente capacidad de soltar lo primero que se les viene a la cabeza sin pensarlo dos veces. Si se lo toma a pecho, acabará por hacerse daño. Si pierde la compostura, será ella la que quede mal.

Gracias al respaldo de su padre y a su posición de empleada fija, Eriko sabe que mientras mantenga una imagen impecable y trabaje tan duro como sus compañeros varones, la tratarán como a una igual. No tiene sentido molestarse por trivialidades de oficina. Decide mantener una actitud serena y no dejar que le arruine el buen humor.

–Te equivocas. Normalmente, los blogs de amas de casa solo están para que la autora alardee de lo feliz que es con su fami-

lia, lo buena que es con las tareas domésticas o lo bien que se le da cocinar. Es como si tuvieran la necesidad de que alguien las alabase. Pero este es...

El teléfono del escritorio suena e interrumpe la conversación. Al descolgar, resulta ser una llamada de un proveedor de atún de California. A esta hora suelen llamar mucho de Estados Unidos.

–May I have your name, please? When shall I have him return your call?

Tras informar de que la persona a cargo no ha llegado todavía a la oficina, Eriko se gira hacia Yasuyuki. Le frustra no poder explicarse con claridad.

Le gusta la manera de pensar de Ohyō; a primera vista puede parecer dejada, pero en el fondo hace observaciones muy agudas. Cada vez que lee el blog, sus palabras le inundan el pecho con calidez reconfortante. Aunque se expresa siempre con amabilidad y dulzura, se nota que es inteligente y que nunca haría daño a nadie. Es una vaga, pero no trata de ocultarlo o justificarlo con explicaciones absurdas o innecesarias. No parece que sienta la necesidad acuciante de tener hijos por miedo a que se le pase el arroz. Y, sobre todo, sus entradas están llenas de ideas y frases simples, pero que dejan huella en el corazón y que Eriko desea imitar.

Por ejemplo: en los días en los que hace mucho calor y humedad, hace las tareas domésticas en bañador y, al terminar, se pone un vestido por encima y va a darse un chapuzón a la piscina municipal. Cuando va a la biblioteca, solo saca libros de Sen Ishida. Acude con frecuencia a una cafetería de la zona, claramente un negocio para blanquear dinero llevado con descuido, solo para leer Baketsu de Gohan, de Kiriko Kubo, pues tienen todos los volúmenes del manga. Encima, cuando va, pide a propósito los platos más engorrosos y difíciles de hacer.

A veces sale con su marido y van juntos al karaoke, pero solo a cantar canciones en inglés. O piden una *pizza* a domicilio y ven películas taquilleras por la tele. O van de supermercado en supermercado buscando algún helado concreto que se les haya antojado.

Lo que más le atrae es su manera de vivir como si fuera un gato: sin hacer nada durante todo el día, sin un propósito, sin horarios restrictivos, solo dejando que la vida siga su curso.

¿Cuándo fue la última vez que ella hizo algo así? Fue hace tanto que no consigue recordarlo. Solo con leer el blog se le reducen un poco los nervios y la tensión que acumula de las cenas de trabajo y las investigaciones de mercado que hace cada noche.

Pase lo que pase, Eriko trata de no malgastar el tiempo. Incluso fuera del trabajo se esfuerza por cuidarse y mantener un buen aspecto físico, por investigar y estudiar. Por supuesto, tampoco descuida el descanso y las horas de sueño reparador. Está convencida de que cada acción que realiza, cada paso que da, contribuye, de alguna forma, a su propio beneficio. No duda ni por un segundo de que cada día es una versión mejor de sí misma que el día anterior.

Aun así, desde que cumplió los treinta, hay momentos en los que siente dolor en lo profundo del alma. Es como si le faltara oxígeno, como si, por mucho que agitase los brazos, jamás llegara a tocar nada. En esas ocasiones tiene que respirar profundamente, repetirse muchas veces que todo está bien y enumerar una por una sus virtudes, sus logros y lo que aporta a la empresa. Cuando eso no basta, se ve obligada a actuar con una humildad excesiva solo para obtener alguna palabra de reconocimiento que la ayude a recuperar el equilibrio.

Por más que se esfuerce, al final del día anochece y luego amanece de nuevo. Y con cada amanecer, su potencial se re-

duce un poco más, le resulta más difícil corregir el rumbo. ¿Se trata de una crisis típica de la edad? ¿Acabará por acostumbrarse en unos años?

Cuando percibe, aunque sea sutilmente, rastro de esa misma angustia en otra mujer, siente una mezcla de alivio y placer.

Pero no parece que Ohyō tenga esa angustia.

Por encima de todo, lo que más le gusta del blog es que, a pesar de que habla de su marido, nunca menciona a ninguna amiga.

Entre tantos blogs de amas de casa que presumen de sus relaciones, el de Ohyō destaca como un oasis en el desierto. Eriko alberga en secreto la esperanza de que aquella mujer sepa cómo domar, con gracia, el mismo tipo de conflictos interiores que la asolan a ella.

El hecho de que una mujer como Ohyō no tenga amigas le resulta muy reconfortante. Incluso con una personalidad tan cuidadosa que no incomoda a nadie, basta con algo de mala suerte para no poder hacer amigas. Tal vez no tenerlas no sea un defecto tan vergonzoso. De hecho, puede que no sea ni un defecto, solo una de las muchas formas en que puede una persona relacionarse con otras.

> Soy un ama de casa de treinta años que vive con su marido en un destartalado apartamento de Tokio. Mi comida favorita es el sushi de *engawa* de noventa y ocho yenes que sirven en Nikkori Sushi, un sushi de cinta giratoria que hay cerca de donde vivo.

Yasuyuki, que por ahora ha mostrado poco interés, se inclina finalmente sobre el monitor para leer el perfil de Ohyō.

–Anda, así que le gusta el sushi de *engawa* de los restaurantes de sushi baratos. ¿Sabrá que, en ese tipo de sitios, en vez

de lenguado ponen fletán, y que aquí lo llamamos *ohyō*? De ser así, para ponerse ese nombre de usuario debe de ser una mujer muy irónica.

El *ohyō* puede llegar a pesar más de doscientos kilos y medir casi tres metros, así que de él también se obtiene una gran cantidad de *engawa*. Cuando los pescadores lo sacan del agua, se agita con violencia y se dice que en Alaska lo rematan con una escopeta. Eriko siente como si la estuviera elogiando a ella y se le hincha el pecho de orgullo.

–Ahora que lo pienso, Yasuyuki, ¿no estuviste el año pasado a cargo del *ohyō* de origen ruso? ¿No trabajaste también con Center Village Holdings?

Esa gran empresa de restauración está asociada con Nikkori Sushi, la cadena de sushi de cinta giratoria que citaba Ohyō. Al ver la sonrisilla de Yasuyuki, no puede evitar aplaudirse por su buena memoria.

–¡Vaya! ¡Qué coincidencia! La comida favorita de Ohyō es un producto con el que has trabajado.

Emocionada por este instante de conexión, mira a su alrededor, al espacio vacío de la oficina donde están solos. Le encantan esos momentos en los que, al seguir el rastro de cifras y productos, el mundo se vuelve de repente más pequeño, como si pudiera abarcarlo con la mano.

No se ha dado cuenta, pero el sol ya ha salido y la luz de finales de agosto entra de forma oblicua por las ventanas. La moqueta, tan blanca que ya muestra signos de desgaste de tanto lavado, empieza a desprender ese aroma a sol característico de las cosas bien cuidadas.

Trabajar en una empresa como esta da una perspectiva inesperadamente profunda de la vida cotidiana. Por ejemplo, el café con leche, el pan, el periódico: pensar en qué país crecieron los ingredientes, cómo se distribuyeron y procesaron

hasta llegar aquí... Si entorna los ojos, le parece que cada cosa tiene su propia historia.

Tanto Eriko como Yasuyuki tienen esa capacidad de ver más allá.

En Japón, el consumo de productos del mar ronda los 6,52 millones de toneladas. De esa cantidad, alrededor del cuarenta por ciento corresponde a importaciones. Dentro de esos datos hay muchas especies sin nombre, que se usan como sucedáneo o incluso etiquetadas con nombres falsos.

Desde que la asignaron al equipo de productos del mar, es capaz de identificar al instante cualquier pescado procesado, sin importar lo que ponga en la etiqueta.

–¿No te dan algo de pena los consumidores? *Engawa* solo es el nombre de una parte del pescado, no de una especie en concreto, así que técnicamente no los estamos engañando, sin embargo...

–Ya –dice Yasuyuki–, pero, si lo piensas fríamente, no hay manera de que un *engawa* de lenguado o platija valga menos de cien yenes. Los consumidores también son conscientes del engaño, aunque sea vagamente.

–Ese pescado ya ni siquiera parece algo comestible, es casi como alienígena. Da miedo.

–Sin embargo, todo el mundo se lo come y dice que está riquísimo. Lo mismo pasa con las hamburguesas de pescado, o el pescado blanco de las *meunière*. Si te pusieras a investigar qué es exactamente o de dónde viene, no acabarías nunca. Hay muchísimas cosas que es mejor no saber.

A pesar de que Yasuyuki habla con ese tono frío y desapegado, cuando se trata de reuniones comerciales es sorprendentemente encantador y mide con suavidad sus palabras. Aunque a veces da la impresión de ser una persona altiva, en realidad es hijo de una familia de comerciantes de telas tradicionales que lleva tres generaciones en Kawagoe.

–Hablando de eso, Eriko, ¿te estás haciendo tú cargo de la perca del Nilo? Si es verdad que le gustan tanto los restaurantes familiares y los sushis de cinta giratoria, seguro que el pescado del que te encargas acaba algún día en la boca de Ohyō.

Eriko hojea la carpeta de archivos que ha heredado de su predecesor. La perca del Nilo es un pez de agua dulce del orden de los Perciformes, familia Latidae, género *Lates*. Puede alcanzar los dos metros de largo y pesar hasta doscientos kilos. Originario de África, vive en lagos y ríos. A pesar de su sabor suave, es un pez carnívoro y extremadamente agresivo. De hecho, cuando lo introdujeron en el lago Victoria provocó la extinción de más de doscientas especies endémicas de cíclidos pequeños.

Gracias a su suave sabor, el público japonés lo aceptó sin dificultades y durante los años noventa se comercializó bajo el nombre de «lubina japonesa» o «lubina blanca». Sin embargo, hoy en día, el noventa por ciento se exporta a Europa y América y rara vez se ve en el mercado local. Eriko ha pasado los últimos meses reabriendo canales de distribución y mejorando las instalaciones en África. Cuanto más aprende sobre la perca del Nilo, más irresistiblemente atraída se siente hacia ella.

–La perca del Nilo tiene una vitalidad increíble.

–Uf, pero es carnívora, ¿no? Ni siquiera sabemos qué come. A mí me da mucho miedo. Ah, he oído que hay un documental muy bueno, *La pesadilla de Darwin*, que muestra cómo la perca del Nilo destruye todo un ecosistema.

–Sí, lo conozco. Me gustaría verlo, pero aún no he tenido tiempo. Además, hasta que no termine la próxima negociación, preferiría no llenarme la cabeza con esa clase de información... Si no hubiera acabado en el lago por intervención humana, quizá la perca del Nilo nunca habría sabido lo agresiva que es. Me da un poco de pena. He oído que también es

popular como pez decorativo. Tiene las escamas preciosas, de color plateado..., pero su expresión es algo melancólica.

–Tienen percas del Nilo en el nuevo acuario que han abierto en Shinjuku. ¿Te gustaría que fuésemos juntos algún día?

Eriko no responde a esa invitación dicha casi como un susurro y finge que está absorta en el blog. Sabe de sobra que Yasuyuki siente una ligera atracción hacia ella. Parece que se ha autoimpuesto la norma de que, si expresa lo que siente de manera clara, será como si perdiera, y por eso tiene en el rostro una expresión a caballo entre la vergüenza y el dolor. Incluso es probable que esos pequeños comentarios hirientes sean una manera de mostrar su afecto.

Como si no quisiera admitir que ha sido rechazado, Yasuyuki se apresura a devolver la conversación a su cauce anterior.

–Bueno, no pasa nada mientras solo leas el blog. Pero si la conocieras en persona, no os llevaríais bien.

–¿Por qué dices eso? Yo creo que seríamos buenas amigas.

–Pero si tú no tienes amigas.

Eriko nota cómo se le enfrían las puntas de los dedos. A pesar de todo su esfuerzo, de toda la energía que dedica a mostrarse impecable, es una mujer con toda la pinta de no tener ni una sola amiga. Siente cómo la fuerza de esa verdad inamovible le retumba en el pecho.

Mientras se recupera de la conmoción, las palabras de Yasuyuki adquieren un tono ligeramente lascivo. Al parecer, los hombres se sienten un poco excitados cuando ven a una mujer que no encaja con el resto de las mujeres. Como si, sin esfuerzo, hubieran encontrado un punto débil en un rival. Ese aire de autosatisfacción marca cada una de sus frases.

Eriko finge no darse cuenta y se fuerza a responder como si no pasase nada:

–Bueno, sí. Desde que empecé a trabajar me he distanciado

de mi grupo de la universidad. Y ya no tengo tiempo para ir cuando me invitan a pasar juntas un día de chicas.

Aceptar una parte de la crítica para mantener la posición dominante en la conversación es una táctica que ha aprendido del mundo de los negocios. La verdad es que no tiene un grupo de la universidad ni la han invitado nunca a pasar un día de chicas. A veces le resulta mareante la desfachatez que tienen muchas mujeres adultas para seguir llamándose a sí mismas «chicas».

–Tampoco te he visto ir a comer nunca con las trabajadoras temporales ni con las mujeres de otros departamentos.

Nunca lo ha admitido, pero al parecer Yasuyuki mantiene una relación secreta con Maori Takasugi, una de las trabajadoras temporales. Quizá por eso conoce tan bien las dinámicas entre las empleadas.

–Ah, bueno. Es que nuestros descansos nunca coinciden. Además, a veces es complicado salir con las eventuales, porque muchas quieren comer por menos de mil yenes, así que no es tan fácil –responde Eriko con tono alegre, sin atreverse a admitir que simplemente no la invitan–. La verdad es que nunca se me ha dado bien tratar con otras mujeres. No es por echarme flores, pero siempre he sido una alumna modelo, muy seria, ¿sabes? En la escuela siempre me tocaba ser la delegada o la que organizaba todo, y cuando quería darme cuenta, ya me habían puesto una cruz. Jamás he llegado a comprender bien las reglas invisibles que existen entre las mujeres, así que supongo que he acabado marginada sin percatarme de ello.

Nota cómo habla a una velocidad exagerada incluso para tratarse de ella. Por dentro pide por favor que Yasuyuki no le pregunte nada más. A partir de ahora se acerca a territorios desconocidos y no tiene la fuerza suficiente para exponer más sus debilidades.

–Claro, una mujer tan guapa y talentosa como tú, que lo consigue todo sin esfuerzo, debe de despertar la envidia de todas las mujeres. Sois todas unas celosas... –dice Yasuyuki, entornando los ojos con una expresión que roza la admiración.

Seguro que piensa que acaba de hacerle un cumplido.

Probablemente la esté comparando con Maori Takasugi. Una mujer que, en vez de hacer bien su trabajo, se dedica a cotorrear, y que encima está rellenita. Eriko sospecha que Yasuyuki solo está jugando con la pobre chica. Aun así, Maori, sin hacer ningún esfuerzo, está rodeada siempre de otras compañeras, y eso es algo que ella envidia.

Yasuyuki es el tipo de hombre que jamás se ha parado a pensar cuánto tiempo y dinero le cuesta a una mujer tener la piel sin una sola mancha o el cabello brillante y sedoso. De pronto se pregunta qué tipo de tónico facial usará Ohyō. ¿Será uno de esos productos baratos que ponen de oferta en las farmacias? ¿O tal vez es una fiel usuaria de los productos orgánicos para el cuidado de la piel? Le entran ganas de echarse lo mismo que ella.

Mientras busca en las entradas antiguas del blog, nota cómo su boca empieza a moverse por sí misma:

–Tengo la sensación de que Ohyō vive por mi zona...

–¿Ah, sí?

–Mira, aquí menciona un sitio de café ecológico llamado Giselle. Está a una estación de aquí. Lo conozco bien porque mi madre ayudó a ponerlo en marcha cuando abrió. Y todos sus restaurantes favoritos se encuentran justo al lado de la estación más cercana a mi casa. Bueno, como son cadenas están por todas partes, pero aun así...

–¿No te parece un poco raro saber tantas cosas de esta mujer? Ahora mismo pareces una acosadora.

Al oír esa palabra, una que jamás se le había cruzado por la mente, se sobresalta y gira la cabeza para mirar fijamente a Yasuyuki.

–¿Qué? ¿Por qué dices eso? Yo solo leo el blog y ya. Solo me he dado cuenta, por casualidad, de que es probable que vivamos en el mismo barrio.

–Pero comes las mismas cosas que ella, lees sobre su vida todos los días y encima resulta que vivís cerca. No digo que estés haciendo nada con mala intención, pero si lo miras desde el punto de vista de Ohyō, puede parecer un poco perturbador. Quizá deberías tomártelo con más calma.

Con esas palabras se da la vuelta y regresa a su escritorio. Poco a poco empiezan a llegar más empleados.

Eriko tiene la impresión de que Yasuyuki llega tan temprano a la oficina solo para poder estar a solas con ella, sin que Maori se dé cuenta. ¿O quizá está viendo cosas donde no las hay?

Ya ha pasado un año desde que terminó su última relación, pero todavía no siente que necesite a alguien. Tarde o temprano le gustaría casarse, aunque por ahora solo tiene tiempo de ir y venir de casa al trabajo.

¿Habrá imaginado Ohyō alguna vez que, en una empresa desierta al amanecer, hay una oficinista comiendo el mismo pan de melón que ella mientras lee su blog? En el fondo, Eriko tiene la corazonada de que Ohyō debe de sentir, de alguna manera, su presencia.

Aunque, a primera vista, las entradas de Ohyō pueden no parecer gran cosa, Eriko cree que sus mensajes tocan el corazón de muchos: «Está bien ser una misma. Tómatelo con calma. No pasa nada por estar sola».

Suspira con ternura, como si pudiera ver el reflejo de Ohyō en la pantalla, y relee con atención la última entrada.